

casa, respondía á sus preguntas juiciosamente; pero muy frecuentemente les decía las cosas más incoherentes. Por ejemplo, á una señora que le preguntaba:—¿Cómo se encuentra usted hoy, señor Margaritis?—Hoy me he afeitado, ¿y usted? le respondía.—¿Está usted hoy mejor, señor? le preguntaba otro.—¡Jerusalén! ¡Jerusalén! respondía él. Pero las más de las veces miraba á las gentes con aire estúpido sin decir palabra, y su mujer les hacía entonces la siguiente advertencia:

—Hoy está el pobre fatal, y no oye nada.

Dos veces ocurrió en cinco años, coincidiendo siempre con el equinoccio, que al oír esta observación se enfureció hasta el punto de sacar la navaja y de gritar:

—¡Esta estúpida me deshonra!

Por lo demás, comía, bebía y se paseaba como si disfrutase de perfecta salud; así es que todo el mundo había acabado por no concederle más respeto y atención que si se tratase de un mueble viejo. Entre todas sus extravagancias había una cuyo sentido no había podido descubrir nadie; pues á la larga los hombres ingeniosos del país habían acabado por comentar y explicar los actos más desprovistos de razón de aquel loco. Margaritis tenía la monomanía de creer tener siempre en casa un saco de harina y dos toneles de vino de su cosecha, sin permitir que nadie tocara la harina ni el vino; pero cuando llegaba el mes de junio, la venta del saco y de los dos toneles empezaba á preocuparle con toda la tenacidad propia de un loco. Entonces la señora Margaritis le decía casi siempre que había vendido

los dos toneles de vino á un precio exorbitante y le entregaba el dinero, que él se apresuraba á esconder, sin que su mujer ni su criada hubiesen podido saber dónde, á pesar de haberle acechado.

La vispera del día en que Gaudissart llegó á Vouvray, á la señora Margaritis le costó gran trabajo engañar á su marido, que parecía haber recobrado la razón.

—No sé cómo pasará para mí el día de mañana, había dicho la esposa del loco á la señora de Vernier. Figúrese usted que se ha empeñado en ver los dos toneles de vino, y me ha mareado tanto, que me he visto precisada á darle gusto. Afortunadamente, nuestro vecino Pedro Champlain tenía dos toneles de vino que no había podido vender, y, á instancias mías, los ha trasladado á nuestra bodega. Pero no es esto todo, sino que desde que mi marido los ha visto, se ha empeñado en venderlos él mismo.

Un momento antes de la llegada de Gaudissart, la señora Vernier acababa de confiar á su marido el apuro en que se encontraba la señora Margaritis. Apenas había empezado á hablar el viajante, cuando Vernier se propuso ponerlo en relaciones con el loco.

—Caballero, dijo el antiguo tintorero una vez que el ilustre Gaudissart hubo soltado su primera arenga; no he de ocultarle las dificultades que ha de encontrar aquí su empresa. Nuestro país es un país que marcha á su manera, y jamás logrará echar en él raíces ninguna idea nueva. Vivimos aquí como vivían nuestros padres, divirtiendonos en hacer cuatro comidas al

día y ocupándonos en cultivar nuestras viñas y en vender bien nuestros vinos. Todo nuestro negocio consiste en vender las cosas más caras de lo que nos cuestan, y permaneceremos en esta situación sin que Dios ni el diablo pueda sacarnos de ella; pero voy á darle á usted un buen consejo, y un buen consejo vale tanto como el dinero. Tenemos en la aldea un antiguo banquero, en cuyos conocimientos tengo particularmente gran confianza, y, si obtiene usted su sufragio, logrará también el mío. Si las proposiciones de usted constituyen ventajas reales, si nos convence usted de ello, á la voz del señor Margaritis, que arrastra la mía, contará usted en Vouvray con veinte casas ricas cuyas bolsas se abrirán para usted y cooperarán en su obra.

Al oír el nombre del loco, la señora Vernier levantó la cabeza y miró á su marido.

—Mire usted, precisamente creo que mi mujer tiene intención de ir á visitar á la señora Margaritis en compañía de una vecina nuestra. Espere usted un momento, y esas señoras le acompañarán. Vete á buscar á la señora Fontanieu, dijo el anciano tintorero guiñando el ojo á su mujer.

Indicar la comadre más risueña, más elocuente y más burlona del país, ¿no era decir á la señora Vernier que tomase testigos para observar bien la escena que iba á tener lugar entre el viajante y el loco, á fin de divertir á la aldea durante un mes con su relato? El matrimonio Vernier desempeñó tan bien su papel, que Gaudissart no desconfió, y, cayendo en el lazo, ofreció galantemente el brazo á la señora Vernier y creyó haber hecho por el camino la conquista de

las dos damas, ante las cuales se mostró admirable con su gracia, verbosidad é incomprensibles equívocos.

La casa del pretendido banquero estaba situada en el lugar en que comienza el Valle Hermoso. Aquel edificio, llamado la Fuye, no tiene nada de notable. En el piso bajo había un gran salón, y á ambos lados del mismo los dormitorios de cada uno de los esposos. Al salón se entraba por un vestíbulo que servía de comedor y con el cual se comunicaba la cocina. Este piso bajo, desprovisto de la elegancia exterior que distingue á las casas más humildes de Turena, estaba coronado por buhardillas á las que se subía por una escalera construída fuera de la casa y cubierta de un tejadillo. Un jardinito lleno de maravillas, de jeringuillas y de saúcos separaba la habitación de las viñas. Alrededor del corral había las construcciones necesarias para la explotación de las viñas.

Sentado en el salón cerca de la ventana en un sofá de Utrech de terciopelo amarillo, Margaritis, que sólo pensaba en vender los dos toneles de vino, no se levantó al ver entrar á las dos señoras y á Gaudissart. El loco era un hombre seco, cuyo cráneo, calvo por delante y cubierto de escasos cabellos por detrás, tenía una configuración piriforme. Sus ojos hundidos provistos de grandes pestañas negras y sumamente ojerosos, su nariz afilada como la hoja de un cuchillo, sus maxilares salientes y sus enjutas mejillas, sus líneas generalmente oblongas, en una palabra, todo, hasta su barba desmesuradamente larga, contribuía á dar á su fisonomía un aire

extraño: parecía un antiguo profesor de retórica ó un trapero.

—Señor Margaritis, le dijo la señora Vernier, vamos, muévase usted; he aquí un señor que mi marido le envía y al que debe usted escuchar con atención. Deje usted sus cálculos matemáticos, y hable con él.

Al oír estas palabras, el loco se levantó, miró á Gaudissart, le hizo seña de que se sentase, y le dijo:

—Hablemos, caballero.

Las tres mujeres se fueron al cuarto de la señora Margaritis, á fin de oírlo todo y de poder intervenir en caso de necesidad. Apenas se habían instalado allí, cuando el señor Vernier entraba de puntillas para ver la escena.

—Caballero, dijo Gaudissart, al parecer, usted es hombre versado en los negocios...

—Públicos, respondió Margaritis interrumpiéndole. Yo pacifiqué la Calabria bajo el reinado del rey Murat.

—¡Toma! ¡ahora ha ido á parar á Calabria! dijo en voz baja el señor Vernier.

—¡Oh! entonces nos entenderemos perfectamente, dijo Gaudissart.

—Ya le escucho, respondió tomando la postura del hombre que va á servir de modelo para un retrato.

—Caballero, dijo Gaudissart haciendo dar vueltas á la llave de su reloj sin cesar de imprimirle un movimiento rotatorio y periódico del que se ocupó mucho el loco y que contribuyó sin duda á que se mantuviese tranquilo. Caballero, si no fuese usted un hombre superior...

(aquí el loco hizo una ligera inclinación de cabeza) me contentaría con cifrarle las ventajas materiales del asunto, cuyos motivos psicológicos merece la pena que sean expuestos. ¡Escuche usted! De todas las riquezas sociales, ¿no es el tiempo la más preciosa, y el economizarlo no equivale á enriquecerse? Ahora bien, ¿hay nada que consuma más tiempo en la vida que las inquietudes de lo que se llama el *puchero*, locución vulgar, pero que plantea perfectamente la cuestión? ¿Hay tampoco nada que coma más tiempo que la falta de garantías que ofrecer á aquellos á quienes pide usted dinero, cuando momentáneamente pobre, es usted rico de esperanzas?

—¿Dinero? estamos conformes, dijo Margaritis.

—Pues bien, señor, yo soy enviado á provincias por una compañía de banqueros y capitalistas que han visto la enorme pérdida de tiempo y de inteligencia ó de actividad productiva que sufren los hombres de porvenir, y hemos tenido la idea de capitalizar á esos hombres su mismo porvenir, y de descontarles sus talentos descontándoles dicho tiempo, asegurando su valor á sus herederos. No se trata aquí de economizar el tiempo, sino de darle un valor, de cifrarle y de representar pecuniariamente los productos que usted presume que ha de obtener en este espacio intelectual, representando las cualidades morales de que está usted dotado, y que son, señor mío, fuerzas vivas, como una calda de agua, como una máquina de vapor de tres, diez, veinte ó cincuenta caballos. ¡Ah! esto es un progreso, un movimiento hacia un orden mejor

de cosas, movimiento debido á la actividad de nuestra época esencialmente progresiva, como se lo probaré á usted cuando pasemos á examinar las ideas existentes acerca de la más lógica coordinación de los intereses sociales. Voy á explicarme con ejemplos sensibles. Dejo el razonamiento puramente abstracto, lo que llamamos nosotros las matemáticas de las ideas. En lugar de ser un propietario que vive de sus rentas, figúrese que es usted un pintor, un artista, un músico, un poeta.

—Yo soy pintor, dijo el loco á modo de paréntesis.

—Pues bien, sea, y puesto que comprende mi metáfora, es usted pintor, y tiene usted un hermoso porvenir, un magnífico porvenir. Pero quiero ir más lejos aún.

Al oír estas palabras, el loco examinó á Gaudissart con inquietud para ver si quería salir, y no se tranquilizó hasta que observó que seguía sentado.

—Supongamos que no es usted nada absolutamente, dijo Gaudissart continuando, pero que usted se siente algo.

—Yo me siento algo, dijo el loco.

—Usted se dice: «Yo seré ministro». Pues bien, usted pintor, usted artista, usted hombre de letras, usted ministro futuro, cifra sus esperanzas y las tasa, por ejemplo, en cien mil escudos.

—¿Va usted á traerme cien mil escudos? dijo el loco.

—Sí, señor, ahora verá usted. O sus herederos los percibirán necesariamente si usted llega

á morir, puesto que la empresa se compromete á entregárselos, ó llegará usted á adquirirlos, si vive, con sus trabajos artísticos ó con sus felices especulaciones. Si usted se engaña, le queda el recurso de volver á empezar; pero, como he tenido el honor de decirle antes, una vez que usted ha fijado la cifra de su capital intelectual, pues es un capital intelectual, entiéndalo usted bien.

—Comprendo, comprendo, dijo el loco.

—Firma usted un contrato de seguro con la administración, que le reconoce un valor de cien mil escudos, á usted pintor...

—Yo soy pintor, dijo el loco.

—No, repuso Gaudissart, á usted músico, á usted ministro, y se compromete á pagarlos á su familia ó á sus herederos, si su muerte llegase á derribar las esperanzas ó el puchero fundado en su capital intelectual. El pago de la prima basta para consolidar de este modo su...

—Su caja, dijo el loco interrumpiéndole.

—Justamente, caballero; veo que es usted un hombre entendido en negocios.

—Ya lo creo, dijo el loco. En 1798 yo fui el que fundó en París el Banco territorial de la calle de las Fossés-Montmartre.

—Porque, repuso Gaudissart, para pagar los capitales intelectuales que cada uno se reconoce y se atribuye, ¿no es preciso que la generalidad de los asegurados dé cierta prima, un tres por ciento, una anualidad de un tres por ciento? De este modo, mediante el pago de una débil suma, de una miseria, libra usted á su familia de las funestas consecuencias de su muerte.

—Pero yo estoy vivo, dijo el loco.

—¡Ah! ¡si vive usted mucho tiempo! He ahí la objeción que se hace más comúnmente, objeción, por otra parte, vulgar, y usted comprenderá que si no la hubiéramos previsto y triturado, no seríamos dignos de ser... ¿qué? ¿qué somos nosotros, después de todo? los tenedores de libros de la gran oficina de las inteligencias. Caballero, no digo esto por usted; pero yo encuentro en todas partes gentes que tienen la pretensión de enseñar algo nuevo y de revelar algún razonamiento virgen á hombres que han encanecido en los negocios. A fe que los tales me causan lástima. Pero el mundo es así, y yo no tengo la pretensión de reformarlo. La objeción de usted, caballero, es un contrasentido.

—¿Quesaco? dijo Margaritis.

—He aquí por qué. Si vive usted y tiene usted sus medios de vida evaluados en la póliza de seguro contra las probabilidades de muerte, deduzca usted...

—Deduzco.

—Pues bien, es tanto como si saliera usted airoso en sus empresas, pues siempre habrá usted logrado lo que desea, gracias á la póliza del seguro; sin contar con que ha doblado usted las probabilidades de éxito, desembarazándose de todas las inquietudes que proporciona el hecho de tener mujer é hijos, á los que nuestra muerte puede dejar en la más espantosa miseria. Si realiza usted sus sueños, habrá usted recibido el capital intelectual, al cual no afectará en nada el importe del seguro, que habrá sido una bagatela, una verdadera bagatela, una pura bagatela.

—¡Excelente ideal!

—¿Verdad que sí, caballero? repuso Gaudissart. Por esta razón he denominado yo á esta caja de beneficencia, caja de seguros mutuos contra la miseria... ó, mejor dicho, compañía que se dedica á hacer descuentos al talento. Porque el talento, señor mío, es, á mi entender, una letra de cambio que la naturaleza da al hombre de genio y cuyo vencimiento tiene á veces largo plazo.

—¡Oh! ¡qué hermosa usura! exclamó Margaritis.

—¡Ah! diablo, no es tonto el hombre. Me he engañado, pensó Gaudissart. En fin, veo que tendré que dominar á mi hombre con más altas consideraciones. Echaré mano de mi charla número 1. Se engaña usted, caballero, exclamó Gaudissart en voz alta, para usted...

—¿Aceptaría usted un vaso de vino? le preguntó Margaritis interrumpiéndole.

—Con mucho gusto, respondió Gaudissart.

—Mujer, danos una botella del vino que nos queda. Señor mío, sepa usted que está aquí en el mejor viñedo de Vouvray, dijo el loco señalando á Gaudissart sus viñas.

En este momento la criada llevó los vasos y una botella de vino del año 1819. El bueno de Margaritis llenó acto continuo uno de los vasos y se lo presentó solemnemente á Gaudissart, que lo apuró de un trago.

—Pero usted me engaña, señor mío, dijo el viajante, ¡si esto es vino de Madera! ¡verdadero vino de Madera!

—¡Ya lo creo! dijo el loco. Amigo mío, el inconveniente del vino de Vouvray consiste en que

no puede servirse ni como vino de mesa, ni como vino ordinario, ni como vino fino; es demasiado generoso, demasiado fuerte, y por eso se lo venden á ustedes en París por vino de Madera, nada más que con echarle un poco de aguardiente. Nuestros vinos son tan licorosos, que cuando la cosecha no es buena para venderla en Holanda ó en Bélgica, hay muchos comerciantes en París que nos los compran y, mezclándolos con vinos de los alrededores de París, se los venden á ustedes luego por vino de Burdeos. Mas sepa usted, querido y amable señor mío, que lo que bebe usted en este momento es un vino de rey, es lo mejor de Vouvray. Ya no me quedan más que dos toneles. Las personas aficionadas á los buenos vinos, á los grandes vinos; las gentes que quieren servir una buena bebida en sus mesas, como algunas que conozco yo en París, se sirven directamente de nuestra casa. ¿Conoce usted á alguna persona...?

—Volvamos á nuestro asunto, dijo Gaudissart.

—Ya estamos en él, caballero, repuso el loco. Mi vino se sube á la cabeza, y cabeza tiene cierta relación con capital por su etimología, pues cabeza y capital vienen de *caput*...

—De modo que, continuó Gaudissart sin hacerle caso, ó habrá usted realizado sus capitales intelectuales...

—Sí que los he realizado, señor mío. ¿Quiere usted comprarme dos toneles? Se los daré á usted en muy buenas condiciones.

—No, si hablo del seguro sobre la vida y sobre capitales intelectuales, dijo el ilustre Gaudissart. Voy á continuar mi razonamiento.

El loco guardó silencio, recobró su postura habitual y miró á Gaudissart.

—Decía, pues, caballero, que si usted llega á morir, la compañía paga el capital sin dificultades á su familia.

—Sin dificultades.

—Sí, con tal que no haya suicidio.

—Malo. Eso puede ser materia para hacer trampas.

—¡Ca! caballero, de ningún modo. Usted sabe perfectamente que el suicidio es uno de esos actos que siempre se pueden comprobar.

—En Francia sí, dijo el loco, pero...

—Y en el extranjero lo mismo, dijo Gaudissart. Ahora bien, señor mío, para terminar este punto, sólo le advertiré que la muerte en el extranjero ó en el campo de batalla están excluidas de...

—Pues entonces, ¿qué aseguran ustedes? ¡nada! repuso Margaritis. Mi Banco territorial descansaba en más sólidos...

—¿Como que nada, caballero? exclamó Gaudissart interrumpiendo al loco; ¿y las enfermedades y las penas, y la miseria y las pasiones? Pero no nos fijemos en los casos excepcionales.

—No, dejemos á un lado esos casos, repitió el loco.

—¿Qué resulta de esto? exclamó Gaudissart. A usted, banquero, voy á cifrarle claramente su fortuna. Un hombre existe, tiene un porvenir, buena figura, vive de su arte, necesita dinero, lo pide y... nada. Toda la civilización niega dinero á aquel hombre que domina con su pensamiento á la civilización, y que algún día debe

dominarla más aún con su pincel, con su palabra, con su cincel, con su idea, con su sistema. ¡Atroz civilización que no tiene pan para los grandes hombres que le proporcionan el lujo, y que sólo los alimenta de injurias y de burlas! La expresión es fuerte, pero no me retracto. Ese gran hombre que no es por nadie comprendido llega á nuestra casa, nosotros lo reputamos gran hombre, le saludamos con respeto, le escuchamos, y él nos dice: «Señores del seguro sobre capitales: mi vida vale tanto, y les daré á ustedes un tanto por ciento de mis productos». ¿Entonces nosotros qué hacemos? Inmediatamente y sin envidias lo admitimos en el soberbio festín de la civilización, considerándolo como un distinguido convidado.

—Entonces necesita vino, dijo el loco.

—Como un distinguido convidado, y él firma su póliza de seguros, toma nuestros pedazos de papel, nuestros miserables papeles que, viles y todo, tienen, no obstante, más fuerza que la que su genio tenía; pues, en efecto, al ver su póliza, si necesita dinero, todo el mundo se apresura á prestárselo. En la Bolsa, en casa de los banqueros, en todas partes, hasta en los usureros, encuentra dinero ofreciendo esa garantía. Ahora bien, caballero, ¿no era preciso llenar este vacío de nuestro sistema social? Pero esto no es más que una parte de las operaciones realizadas por la sociedad de seguros sobre la vida. Mediante otro sistema de primas, nosotros aseguramos también á los deudores. Ofrecemos intereses vitalicios á un tanto por ciento graduado, según la edad y en una escala infinitamente más

ventajosa de lo que la ofrecen hoy esas sociedades basadas en tablas de mortalidad que todo el mundo reconoce hoy como falsas. Operando nuestra sociedad sobre las masas, los rentistas vitalicios no tienen que temer los pensamientos que entristecen su vejez. Ya ve usted, pues, caballero, que nosotros hemos cifrado la vida en todos sus sentidos.

—Sí, é intentan sacarle jugo por todas partes, dijo el loco; pero beba usted un vaso de vino, que bien lo merece. Si quiere usted conservar convenientemente su garganta, tendrá que abrigarse bien el estómago, y crea usted, amigo mio, que el vino de Vouvray es un verdadero amigo.

—¿Qué piensa usted de esto? dijo Gaudissart vaciando otro vaso de vino.

—Que es muy bonito, muy bueno, muy útil; pero yo prefiero los descuentos de valores territoriales que se hacían en mi casa de banca de la calle de Fossés-Montmartre.

—Tiene usted razón, caballero, respondió Gaudissart; pero eso está ya tomado y retomado, hecho y rehecho, y ahora tenemos la caja hipotecaria que presta sobre las propiedades y que está haciendo un gran negocio. Mas todo esto son ideas pequeñas é insignificantes comparadas con la gran idea de dar solidez á las esperanzas. Solidificar las esperanzas, coagular, financieramente hablando, los deseos de cada uno, y asegurarle su realización, es cosa que sólo podía hacer nuestra época, caballero, época de transición, de transición y de progreso á la par.

—Sí, de progreso, dijo el loco. Yo prefiero

el progreso, y sobre todo aquel que da á las viñas buen tiempo y...

—*¡El Tiempo!* exclamó Gaudissart sin acabar de oír la frase de Margaritis. *El Tiempo* es un mal periódico, y le compadezco á usted si lo lee.

—¿El periódico? dijo Margaritis, ya lo creo, soy apasionadísimo por los periódicos. ¡Mujer, mujer! ¿dónde está el periódico? gritó volviéndose hacia su cuarto.

—¡Oh! perfectamente, caballero; si es usted aficionado á los periódicos nos entenderemos á las mil maravillas.

—Sí; pero antes de hablar de periódicos, confiese usted que encuentra bueno mi vino.

—¡Delicioso! exclamó Gaudissart.

—Bueno, pues acabemos entre los dos la botella.

Y esto diciendo, el loco echó dos dedos de vino en su vaso y llenó por completo el de Gaudissart.

—Mire usted, me quedan aún dos toneles de esta misma clase de vino, y si lo encuentra usted bueno, podíamos arreglarnos.

—Los padres de la fe sansimoniana me han rogado, precisamente, que les expidiese todas las mercancías que encontrase, dijo Gaudissart. Pero hablemos de su magnífico periódico. Usted que comprende bien el negocio de los capitales y que me presta su ayuda para que yo salga airoso en la comarca...

—Con mucho gusto, dijo Margaritis, si...

—Sí, entiendo, si le tomo á usted el vino. Pero, caballero, si es muy bueno, si es incisivo su vino.

—Como que se hace con él vino de champaña. Conozco yo un señor parisiense que viene á Tours á hacer esta operación todos los años.

—Ya lo creo, caballero. *El Globo*, que sin duda conocerá usted...

—Como que lo he recorrido varias veces, dijo Margaritis.

—Estaba seguro de ello, dijo Gaudissart. Caballero, usted tiene una cabeza bien organizada, una de esas cabezas que los señores de *El Globo* llaman cabezas caballares: todos los grandes hombres tienen algo de caballo. Ahora bien, es imposible tener algo de genio y vivir ignorado. Este fenómeno suele ser un chasco que les ocurre generalmente á aquellos que, á pesar de sus medios, permanecen oscuros. Esto mismo estuvo á punto de pasarle al gran San Simón y al señor Vico, hombre eminente que comienza á ascender. Le va muy bien á Vico, y yo me alegro. Ahora voy á entrar en la teoría y nueva fórmula de la humanidad. Atención, caballero.

—Atención, repitió el loco.

—La explotación del hombre por el hombre debió de haber cesado el día en que Cristo, y no digo Jesucristo, sino Cristo, proclamó la igualdad de los hombres ante Dios. Pero ¿esta igualdad no ha sido hasta ahora la más deplorable quimera? Ahora bien, San Simón es el complemento de Cristo. Éste ha cumplido ya su misión, lo mismo que el liberalismo. Ahora tenemos en nuestra presencia algo que vale más, y este algo es la nueva fe, la producción libre, individual, una coordinación social que haga que cada uno reciba equitativamente su salario.

social, según sea su obra, y que contribuya á que no sea explotado en lo sucesivo por individuos que hacen trabajar á todos en provecho de uno solo. De aquí la doctrina...

—Y ¿qué hacen ustedes de los criados?

—Señor, siguen siendo criados, si sólo tienen capacidad para ser criados.

—Entonces, ¿de qué sirve esa doctrina?

—¡Oh! para juzgarla necesita usted ponerse en un punto muy elevado, desde el cual pueda ver un aspecto general de la humanidad. ¡Ah! señor, repuso Gaudissart, si el espectáculo palinagésico de las transformaciones sucesivas del *Globo* le conmueve á usted, le transporta, le emociona, sepa, señor mío, que el periódico *El Globo*, cuyo nombre expresa claramente cuál es su misión, *El Globo*, repito, es el *cicerone* que le explicará todas las mañanas las nuevas condiciones en que ha de verificarse en poco tiempo el cambio político y moral del mundo.

—¿Quesaco? dijo el loco.

—Voy á explicarle á usted este razonamiento mediante una imagen. Si nuestras niñeras nos han llevado cuando niños á casa de Serafín, ¿no necesitamos de viejos los cuadros del porvenir? Estos señores...

—¿Beben vino?

—Ya lo creo. Puedo asegurar que su casa está montada sobre un excelente pie, un pie profético: hermosos salones, todas las eminencias, grandes recepciones...

—Pues bien, dijo el loco, los obreros que derriban tienen tanta necesidad de vivir como los que construyen.

—Y lo necesitan con tanta mayor razón cuanto que derriban con una mano y construyen con la otra, como lo hacen los apóstoles de *El Globo*.

—Entonces necesitan vino, y vino de Vouvray. Los dos toneles que me quedan, que son trescientas botellas, por cien francos, una bagatela.

—¿A cómo sale la botella? se dijo Gaudissart calculando. Veamos: con el porte y consumos no llega á treinta y cinco céntimos la botella. ¡Toma! ¡si es un gran negocio! cualquier vino se paga más caro. Perfectamente, le cogeré, se dijo Gaudissart, y ya que quiere venderme el vino que yo necesito, procuraré dominarle. Perfectamente, caballero, repuso el viajante en voz alta. Dos hombres que hablan están próximos á entenderse. Hablemos francamente. ¿Tiene usted mucha influencia en esta comarca?

—¡Ya lo creo! dijo el loco.

—Bueno, ¿ha comprendido usted perfectamente la empresa de los capitales intelectuales?

—Perfectamente.

—¿Ha medido usted toda la importancia del *Globo*?

—Dos veces... á pie.

Gaudissart no oyó esto porque estaba sumido en sus pensamientos y se escuchaba como hombre seguro de triunfar.

—Pues bien, considerando la situación de usted y la edad á que ha llegado, comprendo que no querrá usted asegurarse; pero puede usted hacer que se aseguren las personas de la comarca que, ya por su valor personal ó ya por la situación precaria de sus familias, quisieran hacer su

suerte. Tomando, pues, un abono al *Globo* y prestándome su influencia en la comarca para la explotación de mis negocios, podremos entendernos en lo relativo á los dos toneles de vino. ¿Toma usted *El Globo*?

—Vaya por *El Globo*.

—¿Me recomienda usted á las personas influyentes de la comarca?

—Recomiendo.

—Y...

—Y...

—Y yo... Pero ¿se abona usted al *Globo*?

—¡*El Globo*! ¡Buen periódico! dijo el loco, periódico vitalicio.

—¿Vitalicio, señor? ¡ya lo creo! Como que está lleno de vida, de fuerza, de ciencia, bien acondicionado, bien impreso. ¡Ah! no es ninguna pacotilla, ni ninguna camama, sino que es lo mejor que se ha escrito, y está plagado de razonamientos que se pueden meditar á gusto y que hacen pasar agradablemente el tiempo en el fondo de las provincias.

—Eso me conviene, respondió el loco.

—*El Globo* cuesta una bagatela, ochenta francos.

—Ya no me conviene, dijo Margaritis.

—Señor, dijo Gaudissart, usted debe tener niños.

—Mucho, respondió Margaritis creyendo que le decía que le debían gustar los niños.

—Pues bien, el *Periódico de los Niños* sólo cuesta siete francos al año.

—Tome usted los dos toneles de vino, y me abono á los *Niños*. Eso me gusta, es una her-

mosa idea. Explotación intelectual del niño. Eso no es el hombre por el hombre, ¿eh?

—Precisamente, señor, dijo Gaudissart.

—Precisamente.

—¿Consiente usted, pues, en recomendarme en la comarca?

—En la comarca.

—¿Cuento con su aprobación?

—Cuenta usted.

—Pues bien, señor, yo le tomo los dos toneles de vino en cien francos.

—No, no, en ciento diez.

—No, señor, no, ciento diez francos... pero, en fin, sea.

—Llévelos usted en ciento veinte. (*Portez-leur cent-vingt: sans vin.*) (1).

—Bonito equívoco. No sólo es muy ocurrente, sino que es, además, muy espiritual.

—No, señor, querrá usted decir espiritual.

—¡Diablo! eso es más ocurrente aún.

—Yo soy así, dijo el loco. ¿Quiere usted ver mis viñas?

—Con mucho gusto, dijo Gaudissart. ¡Caramba! este vino se sube de un modo atroz á la cabeza.

Y el ilustre Gaudissart salió con el señor Margaritis, el cual lo paseó por sus viñas, de mugrón en mugrón y de cepa en cepa.

Las tres mujeres y el señor Vernier pudieron entonces reirse á su gusto viendo de lejos al

(1) *Cent vingt* pronúnciase en francés *sans ven*, lo cual, además de ciento veinte, significa sin vino, resultando de aquí un ocurrente equívoco. (N. del T.)

viajante y al loco discutiendo, gesticulando, deteniéndose, reanudando la marcha y hablando con caluroso entusiasmo.

—¡Qué lástima que nos lo haya llevado de aquí! dijo Vernier.

Por fin, un momento después volvió Margaritis acompañado del viajante, marchando ambos con paso acelerado como gente que tiene prisa por terminar un negocio.

—¡Cáspita! no se la ha pegado mal el loco al parisiense, dijo el señor Vernier.

Y efectivamente, el ilustre Gaudissart extendió con gran alegría del loco un contrato de compra de dos toneles de vino, y después de haberlo leído, el señor Margaritis le entregó siete francos por un abono al *Periódico de los Niños*.

—Conque hasta mañana, caballero, dijo el ilustre Gaudissart dando vueltas á la llave de su reloj.

—Mañana tendré el honor de venir á buscarle. Puede usted expedir directamente el vino á París con la dirección que le he indicado, y en cuanto se reciba allá, percibirá usted su importe.

Gaudissart era normando, y jamás había para él contrato que no hubiera de ser bilateral. Fundado en esta costumbre, exigió, pues, al señor Margaritis (el cual estaba muy contento, como lo está todo loco al ver que puede satisfacer su idea favorita) que le firmase un documento comprometiéndose á entregarle dos toneles de vino, y hecho esto ya, el ilustre Gaudissart se fué saltando y tarareando una canción al *Sol de Oro*, donde, como es natural, habló con el patrón antes de ponerse á la mesa. Mitouflet era

un veterano astuto, como lo son todos los aldeanos, pero que no celebraba nunca ninguna broma, como hombre acostumbrado al cañón y á la severidad del servicio militar.

—¡Caramba! tienen ustedes aquí gente muy lista, dijo Gaudissart apoyándose en el quicio de la puerta y encendiendo un cigarro en la pipa de Mitouflet.

—¿En qué sentido lo dice usted? preguntó éste.

—En el sentido de que son aferrados á sus ideas políticas y financieras.

—Pues ¿de dónde viene usted ahora, si no es indiscreta la pregunta? le preguntó sencillamente el posadero haciendo brotar de sus labios el esputo periódico expectorado por los fumadores.

—De casa de un cuco llamado Margaritis.

Mitouflet dirigió á su huésped dos miradas llenas de fría ironía, y le dijo:

—¡Ya lo creo que sabe mucho ese hombre! Como que sabe demasiado para los demás, por eso precisamente no puede nadie comprenderle...

—Ya lo creo, como que entiende á las mil maravillas las altas cuestiones financieras.

—Sí, dijo el posadero, y por eso he lamentado yo siempre que estuviera loco.

—¿Cómo loco?

—Loco, como se está loco, cuando se está loco, respondió Mitouflet; pero no es peligroso, y, por otra parte, su mujer no lo pierde nunca de vista. ¿De modo que se han entendido ustedes? añadió el implacable Mitouflet con la mayor sangre fría. Es raro.

—¡Raro! exclamó Gaudissart. ¿De manera que se ha burlado de mí el señor Vernier?

—¿Ha sido él quien le ha mandado á usted allá? preguntó Mitouflet.

—Sí.

—Oye, mujer, gritó el posadero á su esposa, ¿creerás que el señor Vernier ha tenido la ocurrencia de mandar á este caballero á casa de Margaritis?

—Y ¿qué han podido ustedes hablar, estando como está loco, mi querido señor? preguntó la mujer.

—Me vendió dos toneles de vino.

—Y ¿se los compró usted?

—Sí.

—Pero si eso es una monomanía suya, si no tiene tal vino.

—Está bien, dijo el viajante. Entonces me voy ante todo á darle las gracias al señor Vernier.

Y Gaudissart, ebrio de cólera, se fué á casa del antiguo tintorero, y lo encontró en su sala riéndose con algunos vecinos, á quienes contaba ya la graciosa historia.

—Caballero, le dijo el príncipe de los viajeros dirigiéndole terribles miradas, es usted un pillo y un granuja, y so pena de ser el hombre más infame de la tierra, tendrá usted que darme cuenta del insulto que acaba usted de hacerme poniéndome en relaciones con un hombre que usted sabía que está loco. ¿Me entiende usted, señor Vernier el tintorero?

Tal era la arenga que Gaudissart había preparado, como un trágico prepara su entrada en escena.

—¡Cómo! respondió Vernier animado por la presencia de sus vecinos. ¿Cree usted que no tenemos derecho nosotros á burlarnos de un señor que se apea en Vouvray para pedirnos nuestros capitales con el pretexto de que somos grandes hombres, pintores, poetas, y que nos compara con pelagatos que no tienen donde caerse muertos? ¿Qué hemos hecho nosotros, pobres padres de familia, para merecer eso? ¡Un pillo que viene á proponernos que nos abonemos al *Globo*, periódico que predica una religión cuyo primer mandamiento de Dios ordena que no se ha de heredar al padre y á la madre! Juro por lo más sagrado, que Margaritis no dice cosas tan insensatas. Además, ¿de qué se queja usted? Yo he visto que se entendieron ustedes perfectamente. Estos señores pueden confirmarle que aunque hubiera usted hablado con todas las gentes de la comarca, no hubiera sido comprendido tan bien como por el loco.

—Todo eso es muy bonito para dicho; pero yo me considero insultado, y espero que me dará usted una satisfacción.

—Pues bien, caballero, si así lo quiere usted, lo tengo á usted por insultado, y no le doy ninguna satisfacción porque entiendo que no hay satisfacción posible en este negocio. ¡Vaya un farsante!

Al oír esta última palabra, Gaudissart se precipitó sobre el tintorero para darle un bofetón, pero los vecinos se interpusieron, y el ilustre Gaudissart sólo logró tocar la peluca del tintorero, la cual fué á caer sobre la cabeza de la señorita Clara Vernier.

—Caballero, si no está usted contento aún, estaré hasta mañana por la mañana en la fonda del *Sol de Oro*, y me encontrará usted allí dispuesto á explicarle lo que significa dar satisfacción de una ofensa. Señor mío, sepa usted que me he batido en julio.

—Pues bien, se batirá usted también en Vouvray, y será muy fácil que permanezca aquí más tiempo del que desee, respondió el tintorero.

Gaudissart se fué comentando esta respuesta que creyó llena de malos presagios. Por la primera vez en su vida, el viajante no comió alegremente. La aldea de Vouvray comentó emocionada la aventura de Gaudissart y del señor Vernier, pues nunca se había hablado de duelos en aquel pacífico país.

—Señor Mitouflet, mañana tengo que batirme con el señor Vernier, y como no conozco aquí á nadie, desearía que me sirviese usted de testigo, le dijo Gaudissart á su patrono.

—Con mucho gusto, respondió el posadero.

Apenas había acabado de comer el señor Gaudissart, cuando la señora Fontanieu y el teniente alcalde de Vouvray se presentaron en el *Sol de Oro*, y llamando aparte á Mitouflet, le hicieron presente cuán triste sería para la comarca el que hubiese en ella una muerte violenta, pintándole además la espantosa situación de la señora Vernier, y conjurándole á que arreglase aquel asunto de una manera honrosa para el país.

—Déjenlo ustedes de mi cuenta, les contestó el maligno posadero.

Por la noche, Mitouflet subió plumas, tinta y papel á la habitación del viajante.

—¿Qué me trae usted aquí? le preguntó Gaudissart.

—Como se tiene usted que batir mañana, dijo Mitouflet, he creído que tendría usted que hacer algunas disposiciones y que necesitaría escribir, porque no hay quien no tenga seres que le sean queridos. ¡Qué diablo! la previsión no mata á nadie. ¿Es usted buen tirador? ¿Quiere usted ensayarse un poco? Tengo floretes.

—Con mucho gusto, contestó Gaudissart.

Mitouflet volvió al poco rato con dos floretes y dos caretas.

—¡Manos á la obra!

El posadero y el viajante se pusieron en guardia, y aquél, en su calidad de antiguo preboste de los granaderos, dió sesenta y ocho botonazos á Gaudissart, arrollándole y acorralándole en la pared.

—¡Diablo! es usted un maestro, dijo Gaudissart fatigado.

—Pues el señor Vernier es mejor tirador que yo.

—¡Diablo! ¡diablo! entonces me batiré á pistola.

—Se lo aconsejo á usted, porque, mire, tomando pistolas de arzón y cargándolas hasta la boca no se arriesga nunca nada, porque las pistolas desparraman la carga, y los combatientes pueden retirarse como hombres de honor. ¿Quiere usted dejarme arreglar esto? ¡Eh! qué demonio, sería triste que dos hombres honrados se matasen por un quitame allá esas pajas.

—¿Está usted seguro de que las pistolas desparramarán suficientemente la carga? porque,

después de todo, sentiría matar á ese hombre, dijo Gaudissart.

—Duerma usted tranquilo.

Al día siguiente por la mañana los dos adversarios presentáronse bastante pálidos en la parte baja del puente de Cise. El valiente Vernier estuvo á punto de matar una vaca que pasaba á diez pasos de él por la orilla del río.

—¡Ah! ¡usted ha tirado al aire! exclamó Gaudissart!

Y dicho esto, los dos amigos se abrazaron.

—Caballero, dijo el viajante, su broma fué un poco pesada, pero no dejaba de ser chocante. Siento mucho haberle apostrofado, pero estaba fuera de mí, y hoy le considero ya como un hombre de honor.

—Señor mío, le haremos á usted veinte abonos al *Periódico de los Niños*, replicó el tintorero, lívido aún.

—Siendo eso así, ¿por qué no hemos de almorzar juntos? dijo Gaudissart. Los hombres que se baten, ¿no están muy próximos á entenderse? Señor Mitouflet, añadió Gaudissart dirigiéndose al posadero, ¿podría mandar á buscar un alguacil?

—¿Para qué?

—¡Qué diablo! para obligar judicialmente al señor Margaritis á que me haga entrega de los dos toneles de vino que se ha comprometido á venderme.

—Pero si no los tiene, dijo Vernier.

—Entonces el asunto podía arreglarse mediante una indemnización de veinte francos. Yo no quiero en modo alguno que se diga que esta aldea se burló del ilustre Gaudissart.

La señora Margaritis, asustada ante la idea de tener un juicio en el que el demandante debía tener razón, se apresuró á llevar los veinte francos al clemente viajante, al cual se evitó, por otra parte, el trabajo de recorrer inútilmente una de las comarcas más alegres de Francia, pero también una de las más recalcitrantes ante las ideas nuevas.

Al volver de su viaje por las comarcas meridionales, el ilustre Gaudissart ocupaba el primer asiento del cupé de la diligencia Laffite-Caillard, al lado de un joven al que desde Angulema explicaba los misterios de la vida, tomándole sin duda por un niño.

Al llegar á Vouvray, dicho joven exclamó:

—¡Este sí que es un país hermoso!

—Indudablemente, dijo Gaudissart; pero es insufrible á causa de sus habitantes. Viviendo ahí tendría usted un duelo diario. Mire usted, hace tres meses que me batí yo allí á pistola con un maldito tintorero, dijo mostrándole el puente del Cise, pero... ¡logré *emprimarle!*...

Paris, noviembre 1832.

FIN







